

Cuando en la zona tropical descende
 En las tardes de Mayo calurosas,
 Que la terrible tempestad engendra,
 Y cual la lluvia que la tierra inunda,
 Así el chasquido de las balas se oye
 Que caen en la ciudad por todas partes,
 Mientras millares de granadas cruzan
 Y caen, y estallan, y el pavor difunden.
 Tres veces el impulso soberano
 Del galo á los escombros se dirige,
 Y tres veces con ímpetu glorioso
 El mexicano su furor rechaza:
 Tres veces se abalanza despechado
 El francés, que echa espuma enrojecida
 Como rabioso can; pero tres veces
 Retrocede espantado, huye cobarde
 Y su camino ensangrentado deja,
 Cubierto de cadáveres y heridos.
 Cayeron las murallas formidables
 Con el estrago de la horrenda bomba,
 Y anchas calles la fuerte artillería
 Abre doquier con ímpetu violento.
 Pero cual si brotaran de la tierra
 Cuerpos de heroes cubren esas brechas
 Que abre con su rayada artillería
 El sitiador frenético en su rabia;
 Y atónito, y absorto el francés queda
 Viendo tras de las minas nuevos muros
 Y fosos y cañones y soldados,
 Que impávidos, serenos y contentos
 Esperan impacientes la batalla.
 El humo denso del feroz combate
 Se une con las nieblas que descenden
 Envolviendo los anchos horizontes;

Las nubes que aún quedaban en los cielos
 De aquella tempestad que se alejaba
 Obscurecían la callada noche,
 Y se ocultaba la creciente luna
 Tras aquellos oscuros nubarrones
 En el zenit del cielo suspendida.
 En tanto Ortega con serena frente
 La línea combatida recorría,
 Y ardiendo de entusiasmo belicoso,
 Dispone con valor la resistencia,
 Y entre los gritos de contento cruza
 Doquier dando valor á los soldados,
 Siempre risueño, valeroso siempre.
 En tanto la batalla formidable
 Se extiende por la línea de Occidente;
 Los mexicanos su valor renuevan,
 Y su furor acrecen los franceses;
 Y el fuego crece y por doquier las bombas
 Zumban y silban las terribles balas
 Del rifle matador. Fuego y más fuego
 En la línea se mira; se obscurece
 Con el humo la luz esplendorosa
 De la apacible luna, y ancha zona
 De roja luz alumbra el Occidente.
 Todo es desolación; se multiplican
 Los ecos del cañón, y entre las sombras
 De esa noche tan triste se veía
 La luna como antorcha funeraria.

Van las horas en tanto discurriendo,
 Y ni un instante la matanza cesa:
 Crece la estrepitosa artillería,
 Y al volar los escombros por doquiera
 Como erupción volcánica, se arroja

Terrible el agresor con sus columnas
 Envuelto en densas nubes de humo y polvo.
 Ni calcula el peligro el mexicano,
 Ni teme al atrevido que se arroja,
 Ni mide la distancia, ni numera
 Al enemigo que á su frente mira,
 Y lleno sólo de valor espera,
 Y á la muerte con muerte le responde,
 Y al fuego le responde con el fuego.
 Toda la noche en la matanza pasa;
 Ayes doquier se escuchan y alaridos
 En torno á la ciudad que en humo envuelta,
 Como una virgen en obscuro velo,
 Al venir la mañana aparecía.
 Y aun la luna que se hunde en Occidente
 Parece que se oculta obscurecida
 Entre las nieblas de la triste noche
 Que espantada de ver aquella escena,
 Pero también de gloria sorprendida
 Al contemplar tan bélico heroísmo,
 Se aleja dando paso á la mañana
 Al anunciarse la apacible aurora.
 Esas divinidades y esos héroes
 Se divagaron en el blando viento,
 Pero volvieron al feliz reposo
 De la inmortalidad, llenos de gloria,
 Porque vieron que el libre mexicano
 No deshonra los timbres de su origen.
 Así á la luz de la mañana hermosa
 Sorprendió á Zaragoza el nuevo día
 Del cañón homicida al estallido.
 El fuego se aumentaba; por doquiera
 Cayeron las murallas, con el golpe
 De las potentes balas, y los galos

Que pensaron salvar aquellas brechas
 Con ímpetu se arrojan. Pero listos
 Están los mexicanos, los valientes
 Hijos de Zacatecas; al acento
 De su intrépido jefe, cuerpo á cuerpo
 Luchan siete horas sin parar momento.
 Quiere el zuavo vencer, y despechado
 Y rabioso y frenético, la muerte
 Sembrando por doquier, la muerte busca.
 Así como unos tigres iracundos
 Que á la presa se arrojan, devorados
 Del hambre acosadora, no se paran,
 Y unos á otros la presa se disputan.
 Para saciarse; los valientes zuavos
 Se arrojan á la lid, de rabia ciegos;
 Pero más valeroso el mexicano,
 Previendo sus golpes, el sonido
 Sólo se oye del arma matadora.
 Y mientras brazo á brazo se enfurece
 El combate en la plaza, y mientras Auza
 Anima con bravura á sus soldados,
 Allá Alatorre con valor combate:
 Régules por acá: los potosinos
 De Escobedo á la voz luchan valientes;
 Y sigue más y más encarnizado
 El combate feroz en las murallas
 De Santa Inés, y cunde en todas partes.
 Los hijos de Toluca con bravura
 Resisten al empuje; los heroicos
 Hijos de Puebla la inmortal, ostentan
 Orgullosos el timbre de su gloria,
 De Zaragoza al eternal renombre.
 Díaz, Llave y Negrete el denodado
 También á sus soldados conducían

A arrancar el laurel de la victoria.
 Por fin, después de tan heroica lucha,
 Cuando allí de Ghilardi belicoso
 El eco entusiasmado resonaba,
 Lleno de gloria el mexicano heroico
 Dueño quedó, y señor de la victoria;
 Y el espantado zuavo á nuestras plantas
 Quedó humillado ahogándose en su sangre
 O mordiendo la tierra que pisamos,
 O rindiendo sus armas al valiente
 Que escarmentó su pérfida osadía.
 Catorce horas de feroz combate
 Nos dieron ese triunfo esplendoroso:
 El pabellón de México triunfante
 Se izó orgulloso al eco de las dianas
 Y de los gritos del contento pueblo
 Que á la águila de Anáhuac arrogante
 Vitoreaba con fervientes himnos.
 Y en tanto que las lágrimas corrían
 De gloria por doquier en los semblantes,
 El generoso mexicano acude
 Donde quiera á auxiliar á los heridos
 Que el fugitivo en su derrota deja.
 El mexicano vencedor persigue
 En todas partes al audaz, temido
 Francés, que lleno de pavor se aleja.
 Ortega vencedor, benigno acoge
 A aquellos prisioneros que espantados
 Conduce el pueblo en medio de sus vítores,
 Pero sin ofender á los vencidos.
 El metal argentino de las torres
 Vibra entusiasta en los sonoros vientos,
 Mientras se eleva el humo de la pólvora
 Como incienso á las diáfanas alturas.

Mientras duren los siglos, ese día,
 El veinticinco sol del mes de Venus,¹
 En letras de oro escribirá la historia.

En esas hojas guardarán los siglos,
 De Méndez para siempre el nombre heroico,
 Brillando coronado de laureles,
 Al inmortal fulgor de gloria inmensa.
 Todo es placer y sentimiento y dicha,
 Mezcla de amor y gloria y entusiasmo,
 Recuerdos placenteros, esperanzas,
 Dudas del porvenir, tristeza, encanto,
 Confusión de ventura y de grandeza,
 Indefinible mezcla de contento!

En tanto que esto pasa, allá á lo lejos
 Se divisa un concurso numeroso
 Que mil banderas tremolando viene.
 Son los hijos del pueblo que conducen
 A los heridos con cariño tierno;
 Mientras las bellas vírgenes al aire
 Sus acentos armónicos confían,
 Cantando el himno nacional, y entonan
 Los cánticos patricios, y al sepulcro
 Llevan á los guerreros que valientes
 Sucumbieron al golpe de las balas
 Del pérfido invasor: y mientras queman
 Aromático incienso que se eleva,
 Y derraman mil flores por el suelo
 Que en alfombra magnífica convierten,
 Una corona inmarcesible ponen
 Al entonar dulcísima elegía
 Que hace verter el llanto de la gloria.

¹ Este mes era consagrado por los Romanos á Venus afrodita (mes de Abril).

Y Dalmiro, y Filópatro y Reinaldo
 Juran, sobre el cadáver de los heroes,
 O morir ó vencer, mientras Lucila
 Y Elena, llenas de cariño santo,
 A los heridos con amor consuelan.
 Amira conmovida á su Filópatro
 Invoca con amor; leve es la herida
 Que lastimó su pecho, y animada
 Al eco de los cánticos marciales,
 Flores y aromas al pasar derrama
 Sobre los heroes que al sepulcro llevan.
 Ortega, rodeado de los jefes,
 Y embrazando el pendón de tres colores,
 La libertad sublime vitorea,
 Saluda cariñoso á los vencidos,
 Los cubre con la espléndida bandera,
 Y entre el pueblo entusiasta prez y gloria
 Da al valor desgraciado coronándole.
 No un general invicto parecía,
 No un vencedor guerrero: la grandeza
 Que le cercaba aparecerle hacía
 Un semidiós, un hombre sobrehumano,
 Que en medio al esplendor de la victoria
 También deja correr por sus mejillas
 Una lágrima pura, más hermosa
 Que el rocío que cae sobre las flores.

Seguía en tanto presuroso el día,
 Y el francés espantado á sus reductos
 Se retira rabioso en su despecho.
 Cesa de pronto el fuego tremebundo,
 Y sólo á ratos y de tiempo en tiempo
 Se oyen en torno á la ciudad lejanos
 Los ecos del cañón: despavoridos

Huyen los asaltantes, y la plaza
 Más vigoriza su defensa heroica:
 Más listos por doquiera los valientes
 Se aprestan á la lid, á las reservas
 Negrete entusiasmado aliento infunde,
 Y mientras ya la noche se avecina
 Más el trabajo de la plaza acrece.

Se reponen las brechas, los reductos,
 Los derruidos muros y bastiones.
 En tanto el jefe mexicano acuerda
 Para el valor las dignas recompensas;
 Y así la noche rápida se avanza.
 La luna llena, de fulgor hermosa,
 Majestuosa se eleva del Oriente,
 Derramando su luz sobre los campos
 Para velar á la ciudad heroica,
 Que triunfadora y vigilante espera
 La nueva luz del refulgente día.